

La fiesta principia con suertes que aún no requieren la intervención del valor. El charro desmonta, toma en sus manos la «reata»—el lazo—y se dispone a dar muestras del dominio que sobre ella tiene, ejecutando difíciles pruebas de «floreo».

La lazada va suelta y se mantiene abierta gracias al movimiento circular que le imprime quien la maneja. Primero, los sencillos movimientos en torno a sí; después, con el dominio más completo, prácticamente hace rodar

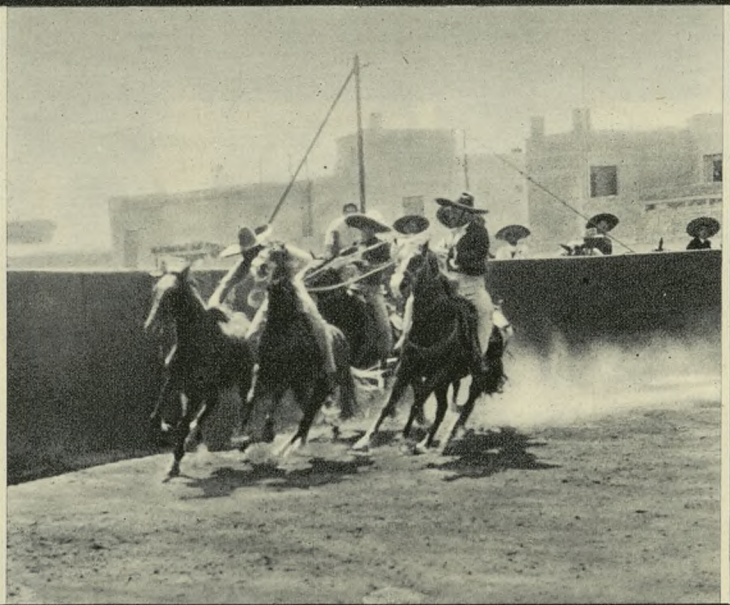
el charro por su cuerpo la lazada; finalmente, saltando, pasa él mismo por ella de un lado a otro.

Ahora a caballo, el «floreo» continúa con la «crinolina». Dentro del círculo formado por la reata, que gira hábilmente manejada, el jinete y su cabalgadura van caminando marchosamente por el ruedo.

La Mangana. Suerte que es ejecutada en ocasiones a pie y en ocasiones a caballo, pues su dificultad principal ha de encontrarse no en la fuerza necesaria para derri-

bar a la bestia en plena carrera, sino en la habilidad se precisa para lograr que, a pesar de la velocidad de las manos del bruto queden perfectamente metidas dentro de la lazada y para dar con toda oportunidad el tirón, la derribe, sin que el lazador salga disparado por su efecto o la bestia sufra algún daño por el golpe, cosa que imperdonable en quien ejecuta esta suerte y blasona saber hacerlo.

Si en las faenas campestres el derribar una bestia



una res tiene aplicaciones de utilidad práctica, especialmente cuando se trata de marcarlos o de curarlos, dentro del jaripeo es frecuentemente un paso obligado para llegar a una suerte, el **jineteo**.

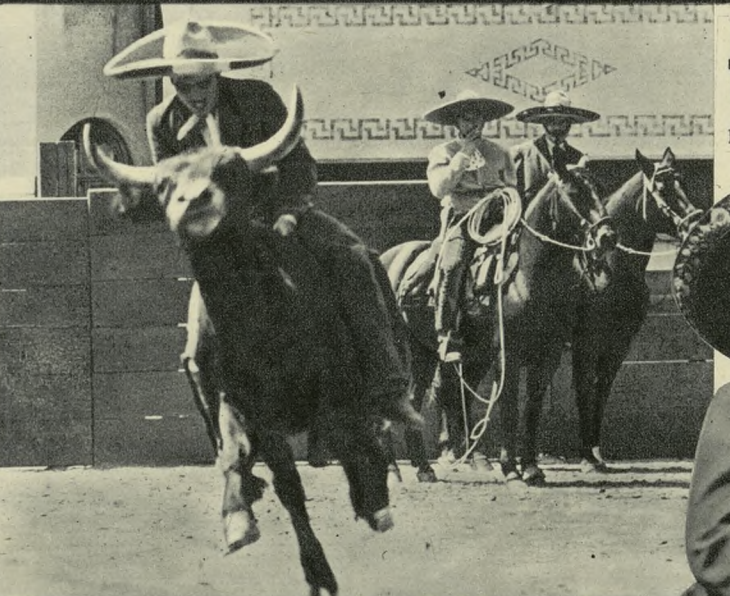
Si se trata de una yegua bruta, el jinete ha de concretarse las más de las veces a sujetarse de la crin y atenerse al vigor de sus piernas, para lograr resistir los reparos. Si se trata de una res, úsase para apoyo de las manos el pretal, que, hecho de una reata de menor dureza que la de las usadas para lazar, se ata en torno al

cuerpo del animal. Y las piernas y sentido del equilibrio del jinete han de hacer también su buena parte.

El charro ha reservado para la suerte más difícil el nombre más grave: «el paso de la muerte». Consiste en alcanzar con un caballo manso, sobre el que se va en pelo, a una bestia bruta en fuerza de carrera. Aquí el charro que ejecuta la suerte requiere colaboradores, cuyo principal cuidado es el de arrear al bruto para que mantenga su carrera. Una vez que es alcanzada, es preciso saltar a él. Lo veloz y cerril del animal sobre que ha de

saltarse hacen difícil este momento; pero el peligro mayor llega en el preciso instante en que el cuerpo del charro cae sobre el bruto, que, sorprendido y no acostumbrado a aquél, estorbo, frena en seco e inicia una larga serie de reparos.

Una de las más difíciles suertes es la de colear. Toda una res en fuerza de carrera, se lanza el jinete, tomándose con la mano derecha la cola del animal, y colocándose bajo la perna—«accionando»—, da un fuerte tirón que ha de derribar al bruto. Mucha es la habilidad requerida en primer lugar, para alcanzar a la res; en segundo, para



EL RODEO MEJICANO

REPORTAJE DE AMUNCO

saber tomarle la cola; después—en el momento de mayor peligro—, para emparejar el caballo con ella y salirle adelante. Es el momento en que mayores accidentes se producen, pues si la res se desvía, atravesándose al caballo del coleador, la caída de caballo y caballero es inevitable. El remate es el tirón, que, como fácilmente se comprende, requiere, por igual, fuerza, destreza y valor.

Entre las suertes que tanta fuerza, arrojo y destreza requieren surge en el jaripeo el baile del «jarabe tapatio»

—que es en México lo que la jota en España—, en el que sobre un entarimado van trezándose el menudo taconeo de la «china poblana» y el varonil zapateado del charro, al compás de la movida música jubilosa de los «mariachis».

Durante el jineteo, la res hace furiosos movimientos tratando de librarse de quien la monta. Pero a pesar de sus esfuerzos y de sus saltos desmesurados, el charro se mantiene en su sitio sin perder su postura ni su brío.